

España y la instrucción primaria

El propósito de afianzar los vínculos espirituales que nos unen a España, es laudable política que parece no haber alcanzado todavía su cabal significación en ciertos órdenes de la vida nacional.

Puesto que nadie duda de la sinceridad con que en los círculos oficiales y reuniones de ocasión, argentinos y españoles nos expresamos este propósito de acercamiento, bueno es preocuparse ya de que las cosas se lleven al terreno práctico, única forma de realizar, definitivamente, lo que está en la voluntad de todos.

Si en alguna parte la necesidad de aumentar los afectos para España no ha alcanzado aún su cabal significado, como decíamos, es, sin duda, en las escuelas de enseñanza primaria, donde por razones de buen sentido, debieran, sin embargo, tener comienzo todas las iniciativas de índole espiritual. Y no es porque se le da poca importancia al asunto, ni porque los hombres dirigentes de la instrucción pública dudan de las ventajas de esta política de acercamiento hispano-argentino, sino por dejadez o por temor, quizás de abocarse reformas trascendentales, que nuestros programas no se preocupan de crear en el alma argentina, desde sus primeros años, el espíritu de solidaridad con la madre patria.

Las congratulaciones que a diario le enviamos con cualquier pretexto, los anhelos auspiciosos que le protestamos en discursos y conferencias, los «vivas» callejeros para su nombre en los grandes aniversarios, todo eso, no saldrá jamás del terreno de la mera cortesía si la escuela no toma para sí la misión de sedimentar en el alma estos anhelos. Ella que recibe

al hombre en la edad en que todas las ideas pueden inculcársele fácilmente, porque a sus prestigios de educadora se añade la circunstancia de tratar con espíritus aun inmunes de prejuicios; que a diario encuentra cientos de ocasiones para despertar en los niños los sentimientos del amor y del respeto a la madre patria y cientos de motivos para insistir sobre ello, lejos de empeñarse en esta noble tarea, resulta, a pesar suyo, en cierto sentido hostil.

El criterio utilitarista con que se han hecho los programas escolares, el afán de arrancar de ellos todo lo que no sea de visible e inmediata utilización, no dejan, por cierto mayores márgenes para las iniciativas personales de algunos maestros. Es al gobierno, en consecuencia, a quien corresponde rever el plan de estudios de las escuelas primarias, y no necesitará leer muchas páginas para darse cuenta que en vez de formarse en nuestros establecimientos de educación ese amor y respeto que ofrecemos en los discursos oficiales, la escuela, sin quererlo, conspira contra ellos.

Bien está que se dicten cursos de historia y geografía Argentina, en sus relaciones, esta última, «con los países importantes desde el punto de vista comercial», según rezan los programas; bien está que le dediquemos nuestra atención a las naciones que dejan mayores gajes a nuestras aduanas, y mejores emolumentos a nuestros productos, pero que ello no sea óbice para tratar a los demás pueblos, como España, v. gr., que no cabe en los conceptos anteriores, en otra forma que la «somera» recomendada por los programas.

¿Pero es, acaso, que se pierde tiempo, estudiando a un país que poco o nada significa en las finanzas del mundo, pero cuyo destino lo sentimos como nuestro, por mandato del corazón?

Y entiéndase que estudiar a España no significa nombrar sus ríos, decir sus límites geográficos y recitar en cifras redondas unos cuantos guarismos de sus estadísticas, porque todo esto, bien o mal se hace, sino que ha de estudiársela bajo los aspectos eternos de su lengua, de su ciencia, de su arte, de su alma nacional, de todo eso que la hace grande en el pasado y digna en el presente.

La historia de España es materia que también debiera en-

trar en los programas escolares, porque es la historia de la raza, de la sangre y el espíritu comunes, la historia que no cambian los azares políticos ni los conceptos internacionales en boga. No es posible que la historia española, nuestra en sus últimos términos, sea en planes y programas un capítulo, como la de cualquier otro pueblo.

Aparte de que habrían ventajas pedagógicas en entroncar la historia argentina en la de España, con ello se conseguiría, de una manera eficaz, la sugestión de los sentimientos solidarios que nos preocupan. Siempre he creído que no aman a España sólo los que ignoran su pasado.

Obsérvese en cambio lo que sucede entre nosotros: estudia el niño, de la historia española, el momento de 1800 a 1810, buscando los hechos determinantes de la revolución Americana, es decir, el período triste, el paréntesis de amargura que todos los pueblos tienen en su tradición, y termina el estudio, con la conferencia de Bayona, espectáculo vergonzoso de un rey decrepito y un heredero truhán que facilitan con rewertas domésticas las ambiciones de un soldado y las desgracias de un pueblo ilustre, empobrecido por tres siglos de sacrificios. Y aquí termina el capítulo español para nuestros niños, salvo uno que otro curioso que al extender su lectura de los manuales, diez páginas más allá, tropieza con el dos de Mayo y la figura de un sargento español!

¿Qué concepto se forma ese niño del pasado de la madre patria? ¿Por qué se lo llevó, así, de improviso, desde un ambiente de libertades que es su realidad presente, a un pasado sombrío que en su alma infantil adquiere contornos de panorama? ¿Por qué no se le habló, primeramente, de sus reyes ilustres, de sus ejércitos vencedores en todas las latitudes de la tierra, de su pabellón enhiesto sobre los más altos bastiones del mundo? ¿Puede pedirse amor para España a gente que de ella no conoce más que sus miserias?... Y así pasan los niños de nuestras escuelas: cinco años de instrucción primaria repitiendo el mismo tema, graduando sus tintes de menor a mayor hasta un sexto grado!

La enemiga de la madre patria entre nosotros, es la escuela ¡dolorosa confesión en labios de un maestro que la ama tanto! Sus cursos de historia, tan a propósito para formarse los

sentimientos de amor y respeto, son los primeros en llenar de dudas el alma infantil. Sus cursos de geografía los que la desprestigian, enseñando que la civilización de los pueblos se mide con la cifra de su comercio y la fuerza de sus escuadras; callando el arte oculto en sus ciudades ilustres; despertando la curiosidad infantil por los *rascacielos* neoyorquinos y las fábricas de Manchester, mientras nombran apenas, cuando lo hacen, a las soledades de Castilla y los templos de Córdoba.

Está lejos de mi espíritu creer que, deliberadamente, se cometen estas injusticias, pero el hecho es que se cometen y nada hacemos por repararlas.

Agréguese a lo que llevamos dicho, que maestros hay — y no los menos — que aún tienen para las cosas españolas el criterio de cualquier Pancho Gómez, domine allá por los años de 1840... El obscurantismo español, las expoliaciones del coloniaje, el monopolio, la espada castellana, cercenando cabezas indias, etc., etc., y a título de estrambote el consabido paralelo entre la colonización inglesa y española, imprescindible lugar común de los discursos magistrales: «aquella es la libertad, ésta la esclavitud, aquella regenera pueblos, ésta los agobia», y siguen las fechas, los nombres sajones, bárbaramente pronunciados, los números, las citas a montón.

Que terminen estas censuras, que ya no haya recriminaciones, que no tienen siquiera el encanto de la originalidad y, sobre todo, que falsean la verdad histórica y la falsean en desmedro de un pueblo ilustre.

No hace mucho tiempo oía en el curso superior de cierta escuela normal, una clase de historia americana, que versaba sobre la conquista del Perú. Aunque el asunto, según se me dijo, era sólo la expedición de Pizarro y Almagro, no le faltó al maestro medio para extenderse hasta el zarandeado martirio de Atahualpa. Describiólo con brevedad, recargando tintas y coreado por los alumnos comenzó las amargas reflexiones: «Pizarro, desleal, aventurero, desalmado y traidor, sacrifica a Atahualpa para medrar en el oro de los Incas, etc., etc.» y casi con el toque de campana, el elocuente domine — domina en este caso — terminaba con estas palabras: «Así hacían la conquista los españoles».

Aunque la historia ha descalificado ya, definitivamente a

ese Inca «sublime», matador de su hermano, indio sombrío que a trueque de su libertad inservible entregaba las fortunas del Cuzco y las vírgenes de sus templos, nadie, que yo sepa — ni español ni americano — ha justificado la conducta del capitán extremeño, pero bueno es también decir a esos niños, que si España envió a un Pizarro aventurero, despiadado, sin duda, pero símbolo, el más alto, de la tenacidad y el valor hispanos — cosas que son virtudes — en la misma expedición, para completar las calidades del espíritu castellano, que el jefe no tenía, vino otro extremeño, caballero y señor, cuya noble actitud de protesta en el mentado sacrificio, salvó la dignidad de España: don Hernando de Soto, cuyo nombre no fué siquiera pronunciado.

¿A qué se debe esta manía de decir lo malo que de España puede decirse y callar lo bueno? ¿Tan representativo del espíritu español, no es, acaso, como Pizarro, Hernando de Soto?

Es para mí un hecho inexplicable esta hispanofobia de los maestros y como no tengo derecho de achacarlo a ignorancia, quiero creer que es sólo la obra de viejos prejuicios estilizados, la que mantiene de pie reparos que no resisten al menor análisis. Pero no por ello el mal que producen es menor y lo grave del caso, no es, el erróneo concepto en que viven unos cuantos, puesto que no se modifica con ello el sentimiento de la mayoría, sino que esos cuantos, son precisamente, los que tienen a su cargo la dirección espiritual de la infancia.

La Revolución Americana es un hecho consumado, y conviene que sepan los maestros, a quienes entregamos nuestros niños, que malos ciudadanos saldrán de entre sus manos si ellos no se preocupan de sustentar los sentimientos generosos, y sugerir en las almas infantiles la solidaridad de la sangre y de la raza, que aun no tenemos, y que es problema fundamental en la educación del carácter argentino.

Las recriminaciones, las iniquas y hasta las mentiras convencionales sobre «el godos», los epítetos denigrantes para sus ejércitos, no menos gloriosos por vencidos, tuvieron antaño su razón de ser. Cumplieron con una misión histórica en la pluma volandera de Monteagudo, en las gacetas incendiarias de la Independencia y aun en los achaques de Sariniento. Pero cien

años han variado las cosas y al cabo de ellos, descartadas las teorías del materialismo histórico, nos encontramos grandes a pesar del obscurantismo colonial, con un comercio floreciente a pesar de los impuestos que imponían Cádiz y Sevilla, con una constitución, la más libre de la tierra, a pesar de los virreyes reaccionarios, con un gran espíritu de pueblo, con un pasado ilustre, con una lengua rica, y un alma llena de altiveces, abierta a todas las hidalguías, pronta para todos los heroísmos; alma hecha de sacrificios y noblezas, que si la heráldica tuviera que simbolizar, esculpiría, de seguro, sobre un cuartel violeta el plumón de un Capitán de Castilla. Porque todo nos dió España, todo nos dejó en potencia, nobleza para olvidar sus yerros, virtudes que en ella bendecimos.

Y esto es la única verdad histórica.

B. VENTURA PESSOLANO